

El hotelero de Jacmel por Bartolomé Leal

El viejo hotelero se instaló como todas las tardes en el florido y arbolado sendero que llevaba a la playa, premunido de una novela de Tony Hillerman. Allí siempre hacía fresco y la sombra atraía a pájaros y mariposas. Permaneció un par de horas leyendo, sólo interrumpido brevemente por un garzón que le llevó su Tom Collins habitual.

Llegó el anochecer y harto de lectura, se entretuvo escuchando el sonido del mar y oliendo el paisaje, en espera de la hora de cenar. Como en un teatro de marionetas vio abajo en la playa, a la escasa luz reinante, a tres personajes que le parecieron pieles rojas que arrastraban a un cuarto y lo golpeaban con leños y puños, hasta que el hombre (o mujer, no distinguía) quedó inerte. Uno sacó un revolver y le pegó dos tiros en la cabeza.

Los indios (si lo eran) miraron hacia todos lados buscando testigos. Lo descubrieron en la semioscuridad. Subieron hasta donde se hallaba y lo suicidaron de un balazo en la sien.

El viejo fue enterrado sin oficio religioso por haberse quitado voluntariamente la vida (el revolver en su mano era prueba contundente), acusado del asesinato de su hijo, presunto contrabandista.

Carne de perro por Bartolomé Leal

“Mal negocio ser perro en Haití” expresó el viejo escritor. “Por una parte los odiamos, los hacemos sujeto de proverbios denigrantes; por otra parte no tienen qué comer, los basurales los controlan cerdos y ratas, más aguerridos. Por último, no aguantan el calor. Son macilentos y chicos nuestros perros” remató el anciano, pasándose un palillo de madera por los dientes para sacar un trozo de carne rebelde, atascado entre su canino izquierdo y el incisivo contiguo. “Aunque no son malos del todo” prosiguió. “Toda mi vida he comido pescado o lambi. Esa concha grande que usted conoce. Pero en algunas ocasiones he comido perro. ¿Y usted, amigo?” me preguntó, socarrón. “No he probado” respondí. “Vea allá la piel de Figolé” me mostró, “un escritor rival, un cabrón, lo detesto. Puse el mismo nombre a mi perro. Lo preparé bien, adobado por varios días para enternecer la carne, cocido con hierbas para quitar el olor a porquería y el feo color pardo. Lo hice por usted, para que supiera lo que es merendar perro”. Me escudriñó, esperando una reacción. “No sabía mal la carne de su perro” repliqué, duro de pelar. “No era del perro, era del escritor” retrucó el viejo.

Los policías canadienses por Bartolomé Leal

Lucían todos altos, corpulentos, en óptimo estado físico, los policías canadienses. También ellas, que parecían ser menos de una cuarta parte del destacamento. Bonitas casi todas. Los habían instalado en el Hotel Karibe, en Petionville, situado en un frondoso parque donde alguna vez existió un monasterio. Se acomodaron ruidosamente, sin saludar a nadie.

El primer día estuvieron muy modositos, cenaron y se retiraron. Dos por pieza. A la segunda noche un grupo de hombres se juntó a beber en el bar. Pura conversación y fumadera. Se acostaron pasada media noche. La tercera jornada (un viernes) se decidieron por la juerga, hombres y mujeres, siempre en la zona del bar. Pero en lugar de conversar, pidieron música salsa y bailaron.

La cuarta noche fue la del sexo. Visitas subrepticias, intercambios de piezas, gritos y risotadas. Mucho whisky, jolgorio total, nadie pudo dormir en el hotel. A la quinta noche se empezaron a atacar unos a otros. Por las mujeres, insuficientes. Hubo disparos. Todo gracias al armamento, cada cual era responsable de una bolsa azul donde se adivinaban metralletas, pistolas, granadas y municiones.

Al sexto día se fueron a Gonaives, de lo más modositos. Al parecer no hubo víctimas fatales que lamentar.

King Jesus por Bartolomé Leal

Creo que nunca en mi vida había visto un animal tan detestable como ese gringo. Llevaba el pelo completamente rapado, excepto en la coronilla, donde le crecía una horrible mata de pelo, tiesa con alguna pomada que la empujaba hacia adelante, tal una especie de teja. Teñida de rosado, como ala de flamenco. Mostraba ambos brazos tatuados con extrañas figuras abstractas. Se adivinaba que había hecho disimular ciertas imágenes, probablemente neonazis u obscenas. Vestía unos shorts deshilachados y camiseta sin mangas, que resaltaban sus brazos musculosos y sus colosales muslos. Calzaba unas zapatillas sucias. Olía a sudor ácido. En los parietales rapados se había hecho tatuar una leyenda simple y elocuente: KING JESUS. Con letras mayúsculas y en color azul, de un tamaño legible incluso a la distancia. Argollas en nariz y orejas. Manoseaba un voluminoso libro negro, pringoso, arrugado, seboso y con las páginas dobladas. Llegué a sentirme levemente emocionado: ese punk leía libros. Un lector por estos lugares. ¡Casi un milagro! Me acerqué para leer el título: HOLY BIBLE. Ese animal espantoso, con ojos de toxicómano, olor de cementerio y aspecto de verdugo, era un misionero enviado a salvar almas a Haití. ¡Misteriosos son los designios del Señor!

Hotel Montana por Bartolomé Leal

“Este país se halla al borde de una crisis alimentaria de imprevisibles consecuencias” me discursó el poeta contratado para pulir la redacción de nuestro informe. “Por eso me avergüenzo de esconderme en esta atalaya, comiendo platos de veinte dólares, mientras abajo la gente se pelea por una ristra de bananas”. Asentí con la boca llena. “No sé que se puede hacer” prosiguió el haitiano, saboreando su segunda cerveza Prestige. “Se supone que todos estos blancos que nos rodean, expertos de los organismos internacionales, traen las soluciones, pero sólo los veo hablar y tragar”. “Algún día la gente se va a cabrear” atiné a decir. “Aquí estamos seguros” dijo el poeta mercenario de la pluma. Entonces sentimos un murmullo como de un gran coro que a lo lejos entonaba un estribillo. Callamos alarmados. “No he visto guardias armados en el hotel” balbuceé. “No se atreverán” replicó, mientras el rumor se hacía más intenso. Dejamos de la mesa, otros ya lo habían hecho y miraban hacia abajo, hacia la ciudad oscura, hacia el mar apenas iluminado por el sol poniente, hacia la nada. Vimos miles de antorchas que se aproximaban en dirección al hotel. El canto se hizo nítido: “¡Hambre, hambre, hambre!”.

El kompá por Bartolomé Leal

Tocaba la banda, tocaba el kompá; y el banjo sonaba, como una campana, dando el ritmo, dando el ritmo del kompá, mientras los otros bailaban, en el funeral, y la banda tocaba y todos se meneaban al compás del kompá; los tambores y las maracas y los bongoes y el banjo le daban, hasta que entraba el cantante, entraba poniendo palabras al ritmo del kompá; y salió adelante el Barón, el Barón Samedi zapateaba, el clac en la testa, se zangoloteaba el Barón Samedi, quería al muerto el Barón, y la banda tocaba el kompá y el banjo subía y subía por los agudos, y bajaba y bajaba por las cuerdas, y el Barón Samedi con el clac en la mano, le decía al muerto, levántate Lázaro, baila el kompá; y la banda tocaba y tocaba, sonaba el kompá, y el muerto se sentaba y se levantaba y la banda tocaba y la gente lloraba, que se lo lleva, que se lo lleva el Barón Samedi, y la banda tocaba y tocaba el kompá, sin romper el compás; el muerto vivo bailaba, y se hundía en la noche, detrás del Barón Samedi, y la gente lloraba y la banda tocaba...